

VIRTUDES ECARÍSTICAS DE JESUS: ACCIÓN DE GRACIAS (II)

Después de la resonancia general de todas las cosas que hace el himno de la Creación a su Criador, se hacía menester un cántico inteligente, un órgano libre de gratitud, que comprendiendo las maravillas de los mundos y de las cosas, presentase al Señor una expresión de reconocimiento infinito como el mismo Dios y de infinito agrado a Dios, como el aroma sublime de ese inmenso campo del universo.

No podía el hombre, como quiera que sea la primera jerarquía por debajo de ángel, llenar esta dulce misión y pagar este tributo de justicia, luego que el pecado manchó su túnica y las sombras de la culpa nublaron su entendimiento por efecto del pecado original, que pervirtió su corazón y lo sometió a una especie de servidumbre.

En los primeros días manteniendo Adán la justicia primera pudo comprender, mediante la luz divina, la naturaleza de los objetos criados a punto de ponerles nombre [...] Y en aquél tiempo dichoso debió el primer hombre ofrecer a Dios un homenaje aceptable, en razón de reconocimiento de tantos beneficios.

Pero luego después del pecado, se veló la lumbre de su inteligencia y se depravó el instinto de su corazón, que nunca pudieran llegar a dar a Dios las debidas gracias. **A llenar este vacío, además de otros fines altísimos, vino el Hijo de Dios al mundo;** a ofrecer a su Eterno Padre las gracias debidas por sus beneficios, vinculando en esto al hombre con nuevas, inefables e infinitas mercedes.

Tomada por el Verbo la naturaleza humana, o mejor dicho, hecho hombre, adquirió la humanidad por su medio los méritos de la redención y en esta un don perfecto que ofrecer a Dios [...].

En las relaciones del hombre con Dios, le fue de provecho a éste aumentar, si es posible la corriente de los beneficios en la medida que vuelve a él en retorno el aroma de la gratitud y el fruto de la correspondencia. Bajo esta sola relación es inefable la merced que hemos recibido con que Jesús-Eucaristía eleve desde el altar gracias perennes a su Eterno Padre [...]. Todo ello nos conduce a estimar y venerar mejor los dulces movimientos del espíritu del Salvador hacia Dios en el **Santísimo Sacramento** del altar. [...].

Por elevado que sea el entendimiento de un hombre, no puede abarcar el don de Dios, como dice S. Pablo: "El hombre animal no percibe las cosas del espíritu de Dios, porque es material y no puede entender", pero la persona de Jesús es el Verbo Divino, por quien han sido hechas todas las cosas y las percibe y comprende, como su autor. [...].

¿Quién es capaz de comprender el exacto conocimiento, el perfecto reconocimiento, la excelsa gratitud y la acción de gracias que se realiza en el Dios hecho hombre y que forman uno de los mas adorables misterios del tabernáculo?

¿Cómo valorar este don supremo que se nos ofrece en aquel **Corazón Real de Jesús**, al que podemos y debemos unir los movimientos del nuestro, para elevar a Dios dulces plegarias de reconocimiento por sus bondades?

(L.S. Tomo V, 1874, págs.123-126)